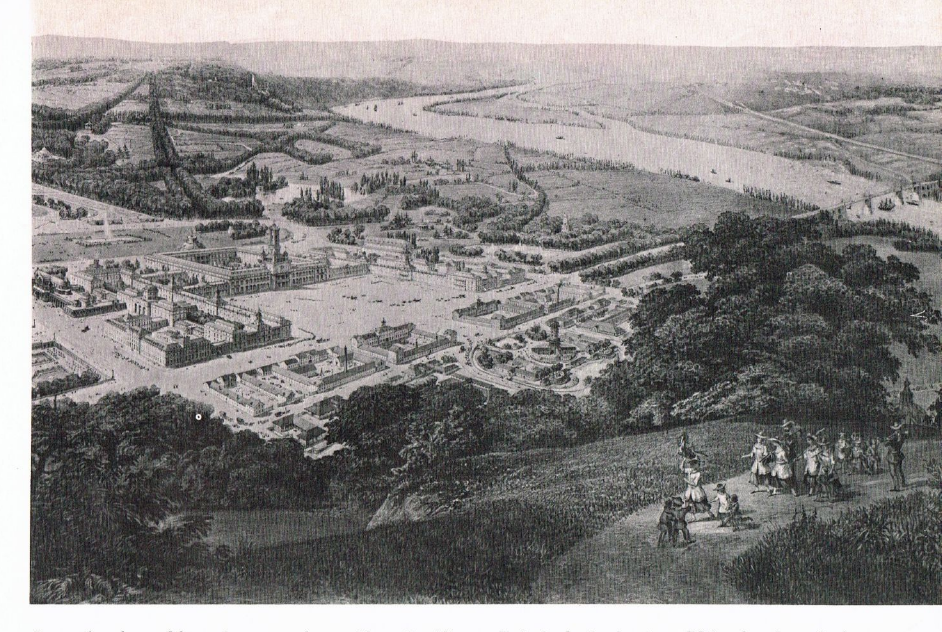


Perspectiva de un falansterio proyectado por Victor Considérant, discípulo de Fourier. Los edificios de primer término se dedicaban a deportes y escuelas.

El socialismo romántico

La Revolución francesa había destruido el antiguo régimen basado en los privilegios de la nobleza y el clero, consiguiendo como resultado transferirlos a la burguesía. Los obreros de la ciudad y el campo quedaron en la misma condición deplorable de antes de la Revolución. Acaso era inevitable esta aparente injusticia, pero la Revolución no consiguió el bienestar de todos los ciudadanos, que era el ideal. Desde un principio se sospechó que se imponía igualdad de bienes, pero la Revolución no insistió más que en la igualdad de derechos. El girondino Brissot, en sus *Recherches*, dice: "La necesidad es lo único que puede justificar la propiedad. En consecuencia, no es lícito poseer más de lo que se necesita. La medida de nuestras necesidades debe ser la de nuestras fortunas, y si cuarenta escudos bastan para mantenernos, poseer ciento veinte equivale a un robo".

¡Qué palabras para un republicano de derecha que mereció ser guillotinado por tibio y sospechoso de preparar la restauración! No podía legislarse, sin embargo, con tan vagos principios; ¿quién era capaz de decir si cuarenta o ciento veinte son necesarios y si cada uno necesita la misma cantidad?

Saint-Just, lugarteniente de Robespierre, se expresa en términos análogos a Brissot en sus *Informes a la Convención*: "Los holgazanes son los últimos sostenes de la monarquía: el trabajo ha de ser obligatorio, la ins-



Babeuf, el precursor, por David d'Angers (Museo Carnavalet, París). Babeuf fue, en la época de la Revolución francesa, precursor de muchísimas ideas, aunque más bien de tipo comunista que socialista, que hoy ya se han llevado a la práctica. Su anticipación le costó la cabeza.

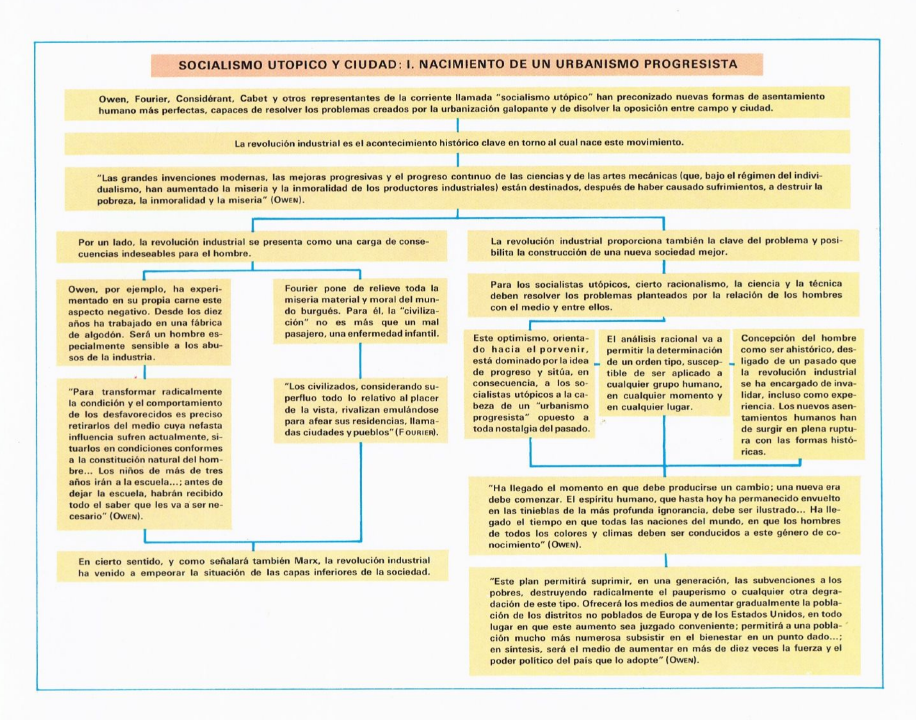
trucción gratuita e igual para todos". "Las tierras confiscadas a los aristócratas deben servir para dotar a los pobres." "Hasta que no quitéis las tierras a los malvados para darlas a los desgraciados no diré que habéis hecho una revolución." Saint-Just no concreta si los malvados son los que poseen una hectárea o los dueños de toda una provincia, pero llega a proponer el amor libre y que la nación eduque a la infancia. Demanda un tratamiento "espartano" para los muchachos: hasta los dieciséis años no podrán comer carne y dormirán ocho horas sobre esteras. Pero, en el fondo, tanto Brissot como Saint-Just deseaban conceder a obreros y campesinos parcelas de tierra para crear una clase de pequeños propietarios interesados en sostener la República. "No puede tener cultura –dice Brissot– quien no es propietario, y sin propiedad no hay patria." Según Saint-Just, la felicidad ha de consistir en poseer un arado, una cabaña y un campo cultivado con nuestras manos para gozar en paz de los frutos de la tierra y de las costumbres republicanas.

El artículo primero de la *Declaración de los derechos del hombre* precisa que el gobierno está instituido para garantizar los derechos naturales e imprescriptibles. Éstos son: "derecho a la igualdad, libertad, seguridad y propiedad". Hasta aquí llegó la Revolución francesa: una serie de declaraciones de principios, algunos sostenidos filosóficamente, otros discutidos y aprobados por la Convención. Pero obsérvese que no se trató nunca de legislar sistematizando la sociedad según un régimen más avanzado que el de una república "clásica"... Los miembros de la Convención se sentían republicanos como Platón y tiranicidas como Bruto. Hasta Marat en diversas ocasiones defendió la propiedad individual y abominó de los teorizantes de *"légalité parfaite qui ont enthousiasmé la multitude aveugle, toujours menée par des mots"* (*Ami du Peuple*, de 1791).

Los tiempos no estaban maduros para mayor cambio social que el de la monarquía a la república burguesa. Con todo, algunos advirtieron que no valía la pena derribar el régimen de aristocracia y clero para entronizar la burguesía. Los descontentos, organizados por Babeuf, prepararon la conspiración de 1796, primer intento de revolución comunista. Los complicados eran 17.000 y había entre ellos militares de categoría, estudiantes y funcionarios, además de obreros. La proclama que los conspiradores pretendían distribuir al pueblo el día del pronunciamiento es de estilo mucho más categórico que las declaraciones de los filósofos teorizantes de que abominaba Marat. He aquí algunos párrafos del *Manifiesto de los Iguales*, título de las proclamas de Babeuf y compañeros: "...Los hombres son iguales nos decís, y desde tiempo inmemorial la más monstruosa desigualdad pesa insolentemente sobre el género humano...". "Ahora la obtendremos: la igualdad o la muerte... La Revolución francesa no es más que un anticipo de otra que vendrá, más grande, más solemne, la lucha final..." "Queremos más que la igualdad ante la ley..." "Más que la igualdad concedida en la *Declaración de derechos del hombre*... Consentimos en perderlo todo para obtenerla; no nos importa que perezcan todas las artes, si conseguimos la verdadera igualdad."

La frase "perezcan todas las artes" sirvió principalmente para acusar a Babeuf de vandalismo. ¡La igualdad o la muerte! Babeuf fue delatado pocos días antes del alzamiento y guillotinado por la simple intención de reformar el estado. Las ideas que expone en las proclamas y sostuvo en el proceso le valieron la muerte con tres más de los suyos.

El complot de Babeuf no tuvo consecuencias inmediatas, pero ahora comprendemos su importancia. El socialismo ha sido lento en reconocerlo, porque Babeuf, más que un estado socialista, proponía un régimen comunista. Estos nombres eran desconocidos entonces, pero no cabe error en la interpretación de las doctrinas de Babeuf. El *Manifiesto de los Iguales* iba seguido de declaraciones de principios como éstos: "La



naturaleza impone a cada uno la obligación de trabajar. Nadie puede sustraerse al trabajo sin cometer un crimen. La Revolución no está terminada, porque los ricos absorben los beneficios y los pobres trabajan como esclavos. La República establecerá una propiedad comunal con los bienes de los enemigos de la Revolución, los confiscados a los criminales y, sobre todo, los que vaya adquiriendo a la muerte de los actuales propietarios..." (porque Babeuf y sus amigos no aceptaban la sucesión por herencia). "Los bienes comunales serán explotados por todos los *miembros de la comunidad,* exceptuando los viejos y los enfermos..." La comunidad nacional, en cambio, asegura alojamiento sano, cómodo y amueblado decentemente, vestidos de hilo y lana para el trabajo, alimentos y asistencia médica. Recordemos que esto era en 1790. Babeuf fue ciertamente un precursor de muchas ideas que hoy se practican.

Por muy románticas, impracticables y vagas que parezcan las ideas de los filósofos de la Revolución, y aun de Babeuf, no tomaron nunca el carácter estrafalario de los sistemas sectarios que se propusieron después. Sin embargo, los proyectos de Saint-Simon y Fourier y otros reformadores de principios del siglo XIX predispusieron las inteligencias a la comprensión de formas más modernas. ¡Por cuán extraños caminos ha de avanzar el tropel humano!

Saint-Simon era sobrino-nieto del famoso duque que escribió las Memorias de la corte de Luis XIV, y cuya familia creía descender de Carlomagno. D'Alembert, el director de la *Enciclopedia,* fue su preceptor. Así no es extraño que a los diecisiete años el joven Saint-Simon ordenara a su criado que le despertara cada día con estas palabras: "¡Levantaos, señor, que tenéis grandes cosas que hacer!". A los diecinueve años enviaba



Saint-Simon (Biblioteca Nacional, París), fundador del socialismo romántico en Francia, idealismo que bajo sus discípulos llegó a una especie de misticismo social.

una Memoria al virrey de México proponiéndole el corte del istmo de Panamá. Combatió con Lafayette en América, y Washington lo nombró coronel en el campo de batalla. A los veinticinco años ofrecíase al gobierno español para construir un canal navegable hasta Madrid... Cuando la Revolución, en vez de concurrir a las asambleas políticas, especuló con tierras desamortizadas al clero y la nobleza, ganando cuantiosa fortuna. Pensaba emplearla en establecer una escuela politécnica modelo, pero se casó y empleó el dinero en fiestas y recepciones. Sobre todo invitaba a los hombres de ciencia, pues, como dice para justificarse, "quería estudiar a los sabios. No basta conocer el estado actual del conocimiento, hay que apreciar los efectos de la ciencia en los que a ella se dedican; es necesario indagar qué cambios produce el trabajo intelectual en sus pasiones, en su ánimo y en su moral".

Este estudio de la sociedad y de los sabios, que duró sólo doce meses, arruinó completamente a Saint-Simon. En 1808 vivía de un sueldo anual de mil francos como empleado en el Monte de Piedad de París. Un día pudo escribir, sin avergonzarse de sus prodigalidades: "Hace dos semanas que no como más que pan, trabajo sin calefacción y he vendido hasta mis ropas para procurarme ejemplares de mis escritos, que reparto gratuitamente". Uno que visitó a Saint-Simon en esta época describe su cuarto en completo desorden: "No había una silla o sillón que no estuviese lleno de las cosas más extrañas: libros, papeles, pan seco, ropa sucia y botellas. Pero su conversación volvía siempre a lo mismo: la reforma del estado y nuevas teorías de gobierno".

Doce años de miseria y humillación acabaron con el optimismo de Saint-Simon. En el año 1820 trató de suicidarse, pero la bala sólo le dejó tuerto y desfigurado. Cinco años después murió rodeado de unos cuantos discípulos. Sus últimas palabras fueron: "Quisiera resumir mi vida en un deseo de asegurar a todos los hombres el libre desenvolvimiento de sus facultades".

Los escritos de Saint-Simon, llenos de relámpagos de genio, carecen del espíritu científico de organización que predicaba para el estado. Sus discípulos cargaron con la tarea peligrosísima de interpretarlos. Hubo gran variedad de aplicaciones. Así, mientras Auguste Comte, tomando a la letra la recomendación de Saint-Simon de "organizar la ciencia sobre bases positivas de experiencia", fundó el positivismo filosófico, y Augustin Thierry creó la escuela de Historia documentada, recordando el consejo de Saint-Simon de "basar todos los raciocinios sobre hechos observados y discutidos", otros discípulos de Saint-Simon cayeron en un delirio de misticismo socialista.

Pero es indudable que, según Saint-Simon, la política debe convertirse en una "ciencia de observación, empleando los mismos métodos y los mismos sistemas que se emplean hoy en las otras ciencias". Para Saint-Simon, la psicología es la primera ciencia auxiliar de la política. Sin embargo, la psicología toma para Saint-Simon un valor nuevo: la humanidad es un ser colectivo; psicología es, por lo tanto, la ciencia del alma de la humanidad. Saint-Simon cree que se podrán descubrir leyes que hagan de esta psicología colectiva una ciencia exacta como la astronomía. Admira a Newton sobre todos sus predecesores, pero cree que su descubrimiento quedó incompleto, porque no comprendió que había una fuerza regu-

BABEUF, TEORICO DE LA IGUALDAD

"La igualdad de hecho no es una quimera. Se ensayó la práctica, felizmente, por el tribuno Licurgo. Es de sobra conocido cómo llegó a instituir este admirable sistema, en que las ventajas y desventajas de la sociedad se repartían por igual; todos tenían derecho a disfrutar de lo suficiente y nadie podía disponer de lo superfluo. Todos los moralistas de buena fe reconocen este gran principio y procuran consagrarlo."

"Ya es hora de que el pueblo, humillado, asesinado, testimonie del modo mejor, más solemne y más general cuál es su voluntad, para que no sean sólo las señales accesorias de la miseria, sino la realidad, la propia miseria, la que quede destruida de una vez para siempre. Que el pueblo proclame su manifiesto. Que defina la democracia tal y como entiende que debe ser, como es, según los principios puros. Que demuestre que la democracia consiste en la obligación de satisfacer, por quienes poseen demasiado, lo que falta a quienes nada tienen. Que el déficit, en la fortuna de estos últimos, tiene su solo origen en el robo de los primeros. Robo legítimo si se quiere, porque es un robo, protegido por las leyes, de unos cuantos desaprensivos complacientes que durante el último régimen, lo mismo que durante los anteriores, han autorizado todos los latrocinios."

"Proclamaremos, protegidos por nuestras cien mil lanzas y nuestros cañones, el primero y verdadero código de la naturaleza, que nunca, por los siglos de los siglos, habrá de ser derogado. Explicaremos claramente qué es eso del bienestar común, fin de la sociedad. Demostraremos que no ha habido razón para que la situación de cada uno empeore, al pasar del estado natural al estado social... Probaremos que todo cuanto un individuo acapare, más de lo necesario para alimentarse, es un robo social... Probaremos que el derecho familiar de la herencia es un crimen semejante; que tal derecho aísla a cada uno de los miembros de la asociación y hace de cada patrimonio una pequeña república que no puede sino conspirar contra la grande y consagrar la desigualdad... Que la superioridad de talentos y habilidades no es sino una quimera y un argumento especioso que ha sido utilizado de continuo por los conspiradores contra la igualdad... Que hay absurdidad e injusticia en la pretensión de una mayor recompensa para aquel cuyo trabajo exige un mayor grado de inteligencia, mayor estudio y mayor tensión de espíritu: que nada de esto atañe a la capacidad de su estómago. Que no hay razón alguna para pretender una recompensa que sobrepase la satisfacción de las necesidades individuales. Que el valor de la inteligencia es algo que depende de la opinión y aún está por averiguar si el solo valor de la fuerza natural y física no merece la misma opinión. Que son los inteligentes los que han otorgado precio tan alto a lo que sus cerebros conciben, y que si los fuertes hubieran contribuido a ordenar las cosas, de seguro habrían establecido que el mérito de los brazos vale tanto como el de la cabeza... Que así se ha destruido, cambiándolo de arriba abajo, el equilibrio del bienestar. Está demostrada hasta la saciedad nuestra gran máxima: no se puede llegar a tener demasiado sino haciendo que otros no tengan lo suficiente."

"Que los productos de la industria y la invención deben también ser propiedad de todos, patrimonio de la asociación entera desde el instante en que inventores y trabajadores los han producido... Que siendo los conocimientos adquiridos del dominio de todos, deben también repartirse entre todos... Que la educación es una monstruosidad cuando no se reparte por igual, cuando es patrimonio exclusivo de una parte de la asociación, pues se convierte, en manos de una porción seleccionada, en un conjunto de instrumentos y arsenal de armas de toda clase, con la ayuda de las cuales esta porción privilegiada combate a la otra que se encuentra desarmada."

"Que es necesario también llegar a encadenar la fortuna; hacer a cada uno de los coasociados independientes del azar y de las circunstancias felices o desdichadas; hay que asegurar lo suficiente a cada uno y a su descendencia, por numerosa que sea, pero nada más que lo suficiente... Que el único medio de lograrlo es establecer la administración común. Abolir la propiedad particular."

"Que esta clase de gobierno hará que desaparezcan los límites, los muros, las puertas cerradas, las disputas, los pleitos, los robos, los asesinatos, los crímenes todos; desaparecerán los tribunales, las prisiones, las horcas, las condenas, las penas que originan todas estas calamidades; asimismo la envidia, los celos, la ambición insaciable, el orgullo, los engaños, la doblez; en resumen, todos los vicios imaginables."

"Avancemos abiertamente hacia la igualdad. Ya vemos el fin social, ya vemos la felicidad común. ¡Pérfidos o ignorantes! Gritáis que es necesario evitar la guerra civil. Que no hace falta lanzar entre el pueblo la semilla de la discordia. ¿Qué peor guerra civil hay que ésta, que pone a todos los asesinos de una parte y a todas las víctimas de otra? ¿Llamáis criminal a quien pretende que las víctimas se armen contra los asesinos?... Todas nuestras desgracias han llegado a su límite; ya no pueden ir a peor. Sólo se pueden remediar por un trastorno total... Que todo vuelva al caos para que del caos nazca un mundo nuevo, más puro."

C. P.

ladora de la sociedad como la de atracción en la materia bruta. Su estudio forma la "ciencia de la producción", la que hoy llamamos economía política. A todos los productores, tanto los del campo como los de las fábricas, los califica de "industriales".

Se comprende que un positivista como Saint-Simon –positivista por lo menos en algunos de sus escritos– no puede contentarse con el dogma de la libertad limitada. "Si la idea vaga y metafísica de libertad, tal como prevalece hoy día –dice Saint-Simon en 1821–, se tomara como base de un régimen político, dificultaría la organización del gobierno con sus partes fuertemente unidas y dependientes unas de otras." Por lo que toca a la igualdad, Saint-Simon ni se entretiene en discutirla. En su proyecto de sociedad organizada hay una jerarquía y, sin darse cuenta de ello, Saint-Simon acabaría por aceptar un emperador del universo, como Dante aceptaba el de las naciones de la tierra. Saint-Simon dedicó a Napoleón su *Tratado de la gravitación universal* –léase gravitación social–. Como el conquistador de Europa no le prestó la menor atención, Saint-Simon creyó más factible que le escucharan los Borbones después de la restauración. El tipo de monarca ideal para Saint-Simon es Carlomagno, aunque casi preferiría un buen hombre coronado como Luis XVI mientras tuviera a su lado un moderno Descartes. El Descartes moderno sería, naturalmente, Saint-Simon.

A la muerte de Saint-Simon, sus disci-



Litografía que representa la inauguración de las obras para el templo-falansterio de Ménilmontant, cerca de París, en 1832. Este grabado iba como frontispicio del cántico compuesto para aquella ocasión por el músico Félicien David.

pulos convirtieron lo que hubiera debido ser una escuela de tecnología y estadística en una nueva Iglesia. Lo que en tiempo de Saint-Simon no pasó de ser romanticismo político y científico, después de su muerte se convirtió en misticismo, llegándose a considerar las ideas del maestro como una nueva revelación. Los sansimonianos disponían de recursos. Aquella mezcolanza humanitaria que exponían como nueva religión halagaba a gentes medianamente cultas y a algunas con dinero. Publicaron periódicos diarios excelentemente informados: *El Productor, El Organizador* y *El Globo,* con la finalidad de propagar la doctrina. Sólo fueron perseguidos cuando, probablemente quejosos de su escaso progreso como reformadores, se lanzaron a vivir en comunidad religiosa. Una casa con jardines en Ménilmoltant, cerca de París, fue el nuevo Port-Royal sansimoniano. Aunque los más fervientes eran castísimos ascetas, predicaban la liberación de la mujer, entonces todavía sujeta legalmente al marido. Esto les trajo dificultades con la policía. En agosto del año 1832 los directores, que ya se llamaban sacerdotes, del grupo de Ménilmoltant sufrieron un año de prisión, más por su conducta extravagante que por escándalos inmorales y por sus ideas políticas.

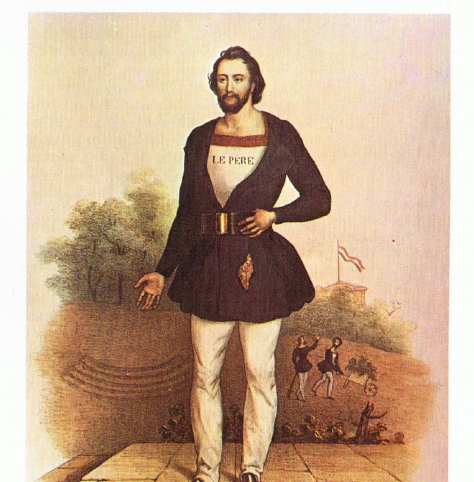
Convencidos los sansimonianos de que Francia no era tierra a propósito para aplicar sus doctrinas, un grupo numeroso se trasladó a Oriente, "país del sol y de la voluptuosidad". Entre los fugitivos estaba Ferdinand de Lesseps, que realizó después la obra del canal de Suez, y, ¡rara casualidad!, en el buque que condujo a los sansimonianos iba

LES MOINES DE MÉNILMONTANT
ou
LES CAPACITÉS SAINT-SIMONIENNES.

Grabado que muestra a los sansimonianos que se habían reunido en el templo-falansterio de Ménilmontant, con el uniforme que se habían dado y los trabajos a que se dedicaban (Biblioteca del Arsenal, París).

el propio Garibaldi. Más tarde, en plena actividad revolucionaria, Garibaldi solía decir que al principio amó sólo a su patria, pero que el contacto con los sansimonianos le había impulsado a amar a toda la humanidad. Así, los desplantes de Saint-Simon, en su cuarto lleno de papeles y de trastos viejos, no habían sido enteramente inútiles.

El segundo gran socialista del siglo –que hoy llamaríamos simplemente sociólogo–, Charles Fourier, coincidió en muchos puntos con Saint-Simon. No llegaron a conocerse, y es casi seguro que Saint-Simon murió sin haber leído una sola página de Fourier. En cambio, Fourier leyó los escritos de Saint-Simon y hasta es posible que llegara a aprovecharlos. Sólo los menciona, sin embargo, para criticarlos duramente. Considera a Saint-Simon como un economista, un "abogado". Debía de parecerle demasiado científico. Saint-Simon comenzó tarde a preocuparse por las injusticias sociales causantes de la miseria que apenaba a Fourier y creía que una nueva "economía dirigida" –como decimos hoy– acabaría con todos los males del proletariado... Fourier quería estimular con ensayos societarios el nuevo régimen. Saint-Simon guardó, hasta en su extrema pobreza, un temperamento de aristócrata; Fourier, en cambio, fue toda su vida el pequeño negociante, el *sergent de boutique*, como se llamaba a sí mismo. Con irritación de hortera emancipado, no pudo disimular el disgusto que le producían su origen burgués y su educación improvisada. Sus enemigos se aprovecharon de esta circunstancia para explicar de forma



Barthélemy-Prosper Enfantin, llamado "Le Père" (Biblioteca del Arsenal, París). Fue uno de los primeros seguidores de Saint-Simon y se proclamó "elegido del Señor" y "ley viva", al paso que denostaba la "tiranía del matrimonio".



Representación de una fiesta sansimoniana, en la que puede apreciarse una alegoría de la República brindando con "Le Père" (Biblioteca Nacional, París).

simplista su mal genio; llaman a Fourier *épicier mécontent* (bodeguero descontento).

Fourier nació de familia burguesa en el año 1772 y murió soltero y burgués el 1837. Por las fechas tenía que ser, como Saint-Simon, uno de estos "productos intelectuales de la Revolución", que Musset llama "hijos del siglo". "Llevaba en el corazón dos heridas: todo lo que existía en su juventud estaba destruido; nada de lo que deseaba que existiera se había realizado." Pero Fourier, mucho más impaciente que Saint-Simon, no podía esperar que la ciencia cicatrizase la primera herida sin acaso curar la segunda. Porque, más aún que Saint-Simon, Fourier creía haber descubierto el remedio universal que produciría la felicidad de toda la raza humana a corto plazo. Podrá llamársele loco o exaltado, pero no impostor ni falso profeta.

"Yo –dice Fourier– solo, sin ayuda de nadie, he confundido a veinte siglos de imbecilidad política. A mí únicamente deberán su bienestar sin límites la presente generación y las futuras. Antes de mí, la humanidad perdió miles y miles de años luchando locamente contra la naturaleza. Yo soy el primero que me he inclinado a estudiarla y he descubierto el método que requiere para el progreso. Ella se ha dignado sonreír al único mortal que ha penetrado en su santuario, y me ha entregado sus tesoros. Poseedor del libro del destino, yo vengo a disipar la oscuridad política y moral que nos envuelve, y sobre las ruinas de las ciencias imperfectas, erigir la teoría de la Armonía Universal, levantando un monumento de gloria imperecedera" *(Théorie des Quatre Mouvements*, Epílogo).

Estos hinchados párrafos reflejan el espíritu de la época, pero en Fourier denotan sincero convencimiento. Fourier propone como panacea la Armonía Universal, que otras veces llama Atracción o Pasión. Es la fuerza santa que lleva a cada ser humano a actuar de concierto con los demás para el bien común. Según Fourier, las pasiones que nos empujan para gozar nos obligan

también a trabajar. Un niño desea dulces porque le convienen para su crecimiento; juega con otros pequeños a hacer canales y pantanos con agua de los charcos, lo que ya es trabajo. Así son también los mayores: nadie preferiría la inacción al trabajo si se le ofreciera como un medio de emplear sus pasiones. En lugar de reprimirlas hay que encauzarlas: ellas son otra manifestación de la atracción universal. ¡Otra vez Newton! Fourier cree que éste es el plan de Dios o la ley de la naturaleza; los hombres lo han olvidado en sus luchas y competencias políticas. Por medio de grupos o falanges de seres humanos asociados para el trabajo común, Fourier espera conseguir el máximo rendimiento, mejor dicho, la totalidad de los resultados.

La humanidad ha pasado por varias etapas en su evolución dolorosa: 1. Primitiva o paradisíaca. 2. Salvaje, sin dirección ni gobierno. 3. Patriarcado, con pequeñas industrias. 4. Barbarie, con industrias ya desarrolladas. 5. Civilización, con grande industria (que es la etapa de su tiempo). 6. Garantizada, con seguridad de trabajo y salud (tomando en serio la clasificación de Fourier, diríase que es la etapa actual, con los seguros patronales y los sindicatos obreros...). 7. Sociantismo, o asociación perfeccionada para el trabajo (acaso el socialismo de estado que se entrevé para el futuro). 8. Perfecta armonía del hombre con el hombre y de la humanidad con la naturaleza. (Este es el régimen que debe producir el "bienestar sin límites, que Fourier ha descubierto en el Santuario de la Madre Naturaleza, que está escrito en el Libro del Destino", etc.) ¡Pobre Fourier! No se pueden transcribir estos párrafos suyos sin dolorosa angustia. Están dichos con tanta fe, que se comprende que debían hacer inmensamente desgraciado a aquel que en el "desierto de la civilización" entreveía en espejismo el Reino de la Armonía. Porque, a pesar de toda la simpatía que siempre merecen los profetas, ya que nos empujan con sus visiones –¡de ellos será el reino de los cielos!–, lo positivo es que Fourier parece estar enajenado al esperar que del empuje natural de las pasiones humanas pueda resultar concierto y armonía. No se percibe que la envidia, la ambición, el odio son pasiones tan naturales como el amor y la simpatía, el placer de cooperación y el goce de la obra realizada. Los niños no sólo juegan a construir, muy a menudo destruyen; al salir de la escuela encuentran más placer en pelear a pedradas que en levantar castillos con guijarros. Así le criticaban a Fourier sus contemporáneos; nosotros no podemos por menos de notar que ya él mismo puso el Armonismo como la última etapa de la humanidad actual, aunque sospechaba que había otras formas de vida humana posibles con seres humanos más evolucionados. Era condenarse al fracaso querer saltar de la quinta etapa (la de ayer, que era su tiempo) a la octava (la de mañana) sin pasar por la sexta y la séptima (las de hoy).

Pero los furieristas propagaron con tan bellas imágenes sus proyectos de *falansterio*, o grupo social en etapa de perfecta armonía, que parecía de fácil realización. Repartieron miles de folletos y contaban con periódicos: *La Reforma Industrial, El Falansterio, La Democracia Pacífica*, que les proporcionaron innumerables adeptos. En Francia se intentó un primer ensayo de falansterio en Rambouillet, que no llegó a funcionar. Otro en Cîteaux tuvo graves dificultades porque el lugar no era a propósito, y al fin fracasó. En los Estados Unidos se instalaron hasta dos docenas de falansterios, algunos perfectamente equipados. Pero ni aun éstos llegaron a durar más de cinco o seis años. Nadie los combatía, eran ellos mismos los que se disolvían.



Charles Fourier (Biblioteca Nacional, París). Influido, como los anteriores, por la Revolución francesa, creía haber descubierto un remedio universal que produciría el bienestar humano: el socialismo.

FOURIER CONTRA EL SANSIMONISMO

Los rápidos progresos que estaba realizando el sansimonismo y los cuantiosos fondos de que disponía movieron a Charles Fourier a entrar en contacto con los "padres supremos" de la secta con vistas a solicitar de ellos que financiaran su proyectado falansterio. Los sansimonianos acogieron a su rival ideológico en la reforma de la sociedad con tanta cortesía como escaso entusiasmo, y Enfantin se limitó a responderle que sus objetivos eran distintos. Fourier se sintió ofendido, su mal humor no tardó en convertirse en cólera y se desahogó en un violento manifiesto en el que aprovechaba también la ocasión para ajustar las cuentas a los discípulos de Owen: *Trampas y charlatanismo de las dos sectas Saint-Simon y Owen que prometen la asociación y el progreso*.

Fourier daba por seguro el fracaso de sus rivales franceses e ingleses, a no ser que copiaran sus ideas: "Si intentan hacer una asociación universal sin seguir mi método, se hundirán, como Owen; y si me lo roban, total o parcialmente, yo denunciaré el plagio; por otra parte, no dejarán de cometer muchos errores en el mecanismo de atracción industrial, excepto si me llaman para revisar sus disposiciones". Pero como esta última posibilidad parece bastante lejana, no duda de que los sansimonianos están efectuando "un acto de piratería" y de que "tratan de apropiarse la teoría de la industria atractiva o del arte de asociarse, de la que soy inventor".

De todos modos, ni aun así conseguirán lo que se proponen, puesto que a su falta de base intelectual unen una absoluta incapacidad práctica: "Esos adalides del progreso –afirma–, que quieren convertir y asociar al mundo entero, ni siquiera saben asociar una aldea de dos mil habitantes". Sus errores son escandalosos, ya que claman, por ejemplo, contra el ocio, cuando "se comprende que se ame la ociosidad cuando solamente se nos ofrece una industria repugnante", y contra la guerra, "ignorando que la guerra es inherente a todos los períodos sociales organizados por familias". Hablan también de destruir las pasiones, "cuando el verdadero progreso debe facilitar el desarrollo de las pasiones; el régimen sansimoniano las ahoga en todos los sentidos; destruye el afecto paternal, uno de los más fuertes que existen; ahoga la ambición y la emulación; pues, ¿qué estímulo encontrará en su trabajo un hombre anciano cuando no pueda legar nada a sus hijos o amigos, y no tenga más perspectiva que la tan poco halagüeña de saber que su fortuna va a ir a parar a las manos de los sacerdotes del progreso en *rapacidad?"*.

El problema, insiste Fourier, contra lo que opinan los sansimonianos, no es de orden moral, sino simplemente mecánico; es un error sacar a relucir el sentido de la fraternidad. "Mecanizar no significa conciliar, sino utilizar recíprocamente discordias y antipatías; la moral aspira a cambiar a los hombres y sus pasiones; la mecánica social emplea todos estos elementos tal como son, sin transformarlos." En consecuencia, el sistema de Saint-Simon y de sus discípulos es pura "charlatanería económica", adornada de engañosas ideas filantrópicas, y con un fondo de ignorancia que inspira desdén y compasión. La única salida que tienen es robarle sus ideas, pero, por fortuna, él ha adivinado a tiempo "las intenciones de esos corsarios" y se apresura a denunciar sus incalificables manejos.

Los sansimonianos, que formaban en la época un grupo relativamente poderoso frente a los escasos seguidores de Fourier, no prestaron gran atención a estos ataques; pero, al menos en dos aspectos, algunos de sus miembros se sintieron atraídos por las ideas furieristas: así, Lechevalier y Transon acabaron convencidos de que la doctrina de Fourier era mucho más practicable que la de Saint-Simon, y se pasaron a la secta rival por motivos de eficacia; del mismo modo que otros sansimonianos, como Guéroult, admiraban en Fourier virtudes como el respeto a la personalidad humana y la exaltación de la libertad individual.

C. P.

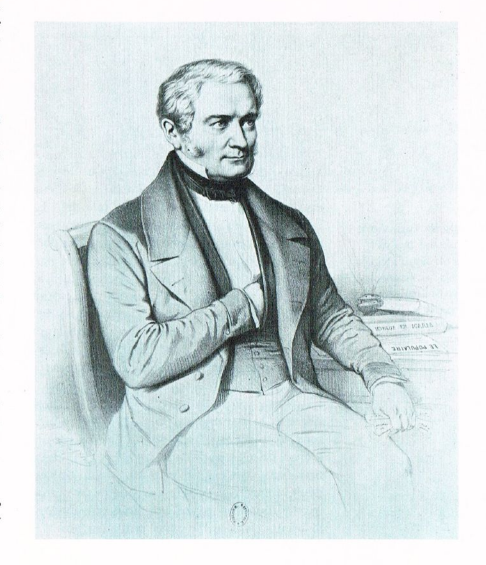
Sin embargo, todavía quedan hoy solitarios, diseminados por el mundo, rezagados espirituales que creen que la salvación de la humanidad se conseguiría con el "trabajo hecho gozoso" por la "atracción apasionada" y la "educación emuladora". La jerga de Fourier y sus discípulos tiene ahora acaso mayor encanto por su extremado romanticismo. Las frases sentenciosas de Fourier, diciendo que "nuestro deber es esforzarnos en hacer aquello que Dios demanda de nosotros, y nuestro derecho es conocer lo que Dios quiere de nosotros", y otras por el estilo, no resuelven la cuestión social, pero se saborean como vino añejo.

"El Falansterio es el alvéolo social... La tierra en la Sociedad Armónica estará dividida en tres millones de falansterios, cada uno con 1.500 individuos de los tres sexos (los menores de edad, para Fourier, son neutros). Un falansterio es una explotación agrícola con edificios para habitación y recreo. El cultivo es fácil y agradable. En lugar de cultivar cereales, ocupación dolorosa, según Fourier (que no había sospechado la posibilidad de las modernas trilladoras), se atenderá a los árboles frutales, que dan productos más variados." Fourier, en su falansterio, columbró algunas mejoras ya hoy realizadas. Tanto Fourier como Saint-Simon proclamaron sin ambages que la mujer no debía diferenciarse del hombre en sus derechos y deberes, sino tan sólo en lo que requiere mayor fuerza física. Esto, fisiológicamente, no es verdad; pero tampoco es verdad que la mujer deba permanecer en el estado de inferioridad social y jurídica que tenía en el antiguo régimen. Y lo mismo podía decirse del tratamiento de la infancia y de tantas otras injusticias seculares que Saint-Simon y Fourier se atrevieron a denunciar.

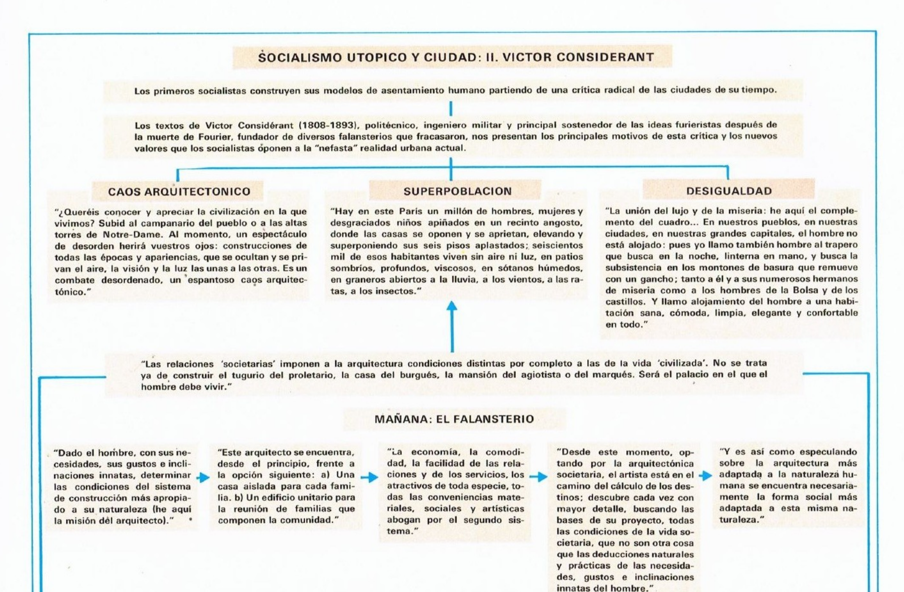
Es interesante observar que Saint-Simon y Fourier, sin darse cuenta, se movían por fuerzas espirituales que agitaban al mundo entero. Quizá no las conoceremos nunca para gobernarnos según sus leyes, ni sabremos si estas fuerzas reales y universales son las atracciones o pasiones que cree Fourier; pero existía entonces en la "atmósfera del espíritu" una tendencia "ciclónica" que, acaso para desprestigiarlos, obligaba a ensayar métodos nuevos de vida social.

Proyecto de falansterio, por Considérant. La parte central es para talleres y almacenes. Las alas laterales, con las galerías altas de comunicación, son para departamentos familiares.

Otro ejemplo de fundador de régimen utópico fue Cabet. Era hijo de un tonelero, pero estudió leyes, profesó como abogado liberal y hasta llegó a ser nombrado gobernador de Córcega. Quizá los escándalos y la inmoralidad política de la época de Luis Felipe convirtieron a Cabet en un reformador muy avanzado. Diputado, pero perseguido por radical, Cabet preparó en el destierro su famoso *Viaje a Icaria,* la patria ideal, el lugar donde los hombres vivirían como iguales, sin injusticias. El periódico *El Popular* se encargó de propagar la doctrina. La prensa reaccionaria y subvencionada por el gobierno de la monarquía "casi legítima" de Luis Felipe atacó a Cabet con más violencia que había atacado a Saint-Simon y Fourier. Los obreros, en cambio, simpatizaron más con Icaria que con el Falansterio. Cabet



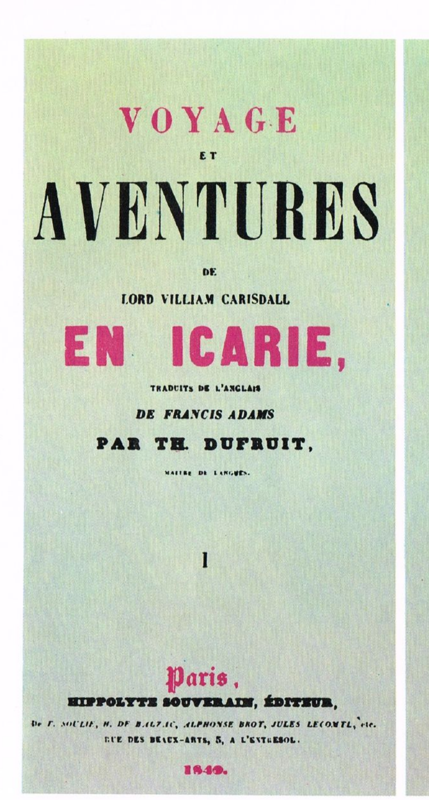
Étienne Cabet, el autor del "Viaje a Icaria", lugar donde los hombres vivirían sin injusticias (Biblioteca Nacional, París).



y sus discípulos fueron perseguidos por la justicia y encarcelados, pero la utopía de Icaria está organizada con jerarquía de autoridades a las que se les da títulos retumbantes. Los beneficios se reparten a prorrata entre "el capital, el trabajo y el talento". La familia no es obligatoria. Hay "esposas" para matrimonios indisolubles, y mujeres para uniones temporales, y otras que ni con esto se conforman son damas "galantes"... Los servicios generales para comunicaciones entre los diversos falansterios se atienden por "hordas" de jóvenes con pasión para la vida aventurera y trashumante. Los "ejércitos" sirven para los trabajos de interés mundial...

¿Para qué continuar? El lector creerá que nos burlamos. Parece que Cabet no hizo más que repetir, extremándola, la utopía eterna de una sociedad rústica y feliz; algunos dirán que era un soñador beato, por no decir mentecato, y que no vale la pena que le dediquemos tantas páginas en nuestra historia. Es posible que tengan razón los que así hablan, pero es emocionante presenciar los primeros balbuceos del espíritu en un asunto como el de la organización de la sociedad futura. Para sostener *El Popular* y hacer un ensayo de Icaria, Cabet recibió sumas considerables hasta de los países sudamericanos.

Por fin, en 1847, Cabet consiguió del gobierno de Texas la concesión de un millón de acres para una primera colonia de icarianos. De momento Cabet escogió, entre los miles de voluntarios que se ofrecían a marchar, sesenta de los más jóvenes, fuertes y convencidos para la expedición de vanguardia. Pero apenas llegados a Nueva Orleáns, los emigrantes se enteraron de que la revolución de febrero de 1848 había derribado a Luis Felipe y su gobierno burgués, y algo de su entusiasmo se enfrió por el escrúpulo de si no hubieran hecho mejor permaneciendo en Francia para influir en la constitución de la nueva República. Los desiertos de Texas, país seco y rocoso, no eran los más favorables para una Icaria paradisiaca.



VOYAGE

ET

AVENTURES

DE

LORD VILLIAM CARISDALL

EN ICARIE,

TRADUITS DE L'ANGLAIS

DE FRANCIS ADAMS

PAR TH. DUFRUIT,

MAITRE DE LANGUES.

I

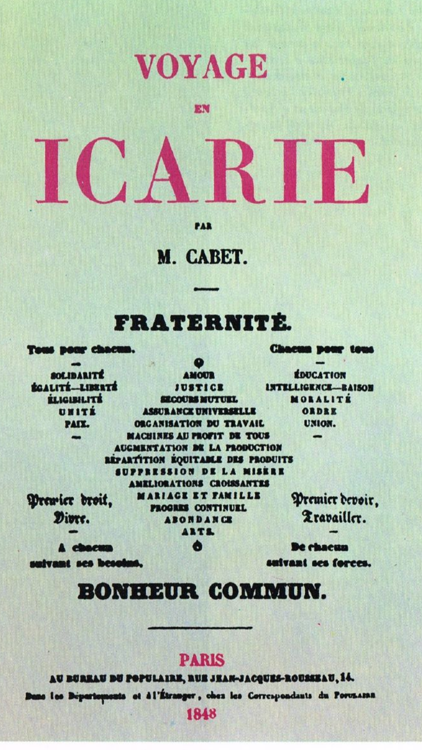
Paris,

HIPPOLYTE SOUVERAIN, ÉDITEUR,

De F. SOULIE, H. DE BALZAC, ALPHONSE BROT, JULES LECOMTE, etc.

RUE DES BEAUX-ARTS, 5, A L'ENTRESOL.

1840.



VOYAGE

EN

ICARIE

PAR

M. CABET.

FRATERNITÉ.

Tous pour chacun. — Chacun pour tous

SOLIDARITÉ
ÉGALITÉ—LIBERTÉ
ÉLIGIBILITÉ
UNITÉ
PAIX.

AMOUR
JUSTICE
SECOURS MUTUEL
ASSURANCE UNIVERSELLE
ORGANISATION DU TRAVAIL
MACHINES AU PROFIT DE TOUS
AUGMENTATION DE LA PRODUCTION
RÉPARTITION ÉQUITABLE DES PRODUITS
SUPPRESSION DE LA MISÈRE
AMELIORATIONS CROISSANTES
MARIAGE ET FAMILLE
PROGRES CONTINUEL
ABONDANCE
ARTS.

ÉDUCATION
INTELLIGENCE—RAISON
MORALITÉ
ORDRE
UNION.

Premier droit, Vivre. — A chacun suivant ses besoins.

Premier devoir, Travailler. — De chacun suivant ses forces.

BONHEUR COMMUN.

PARIS

AU BUREAU DU POPULAIRE, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, 14.

Dans les Départements et à l'Étranger, chez les Correspondants du Populaire

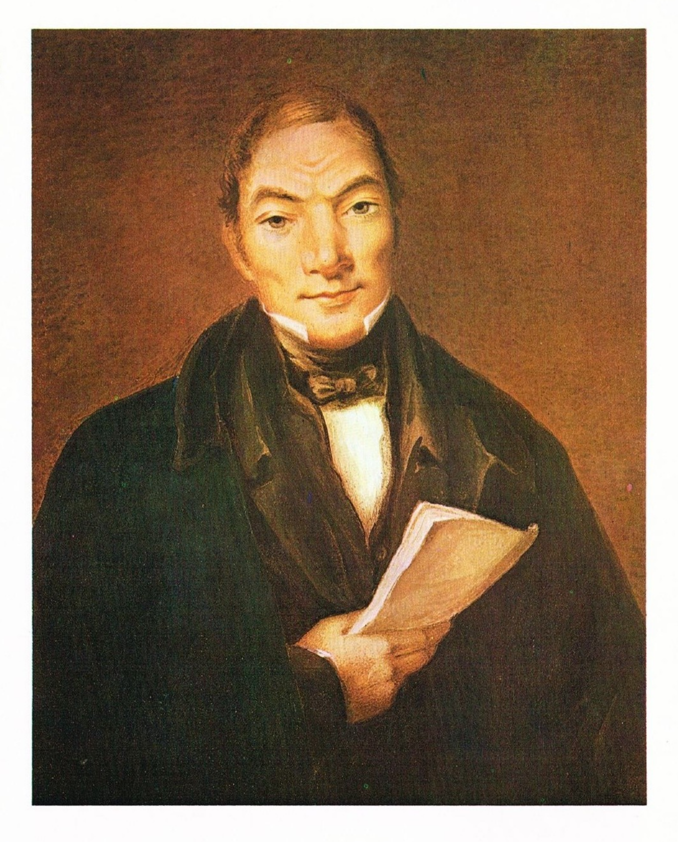
1848

Portadas de dos ediciones del "Viaje a Icaria", de Cabet. En la primera de ellas aparece el seudónimo de Lord Villiam Carisdall para evitar las posibles persecuciones en Francia a su verdadero autor.

Al llegar Cabet, el "Padre", como le llamaban sus discípulos, con nuevos emigrantes, se abandonó definitivamente Texas, estableciéndose Icaria en un excelente lugar de Illinois. En 1855 el número de miembros de la comunidad era de 500, pero previendo un aumento de prosélitos, Cabet había comprado tres mil acres de tierra en Iowa, adonde empezaron a marchar colonos de Illinois. En realidad, la marcha a Iowa no era necesaria para la expansión, sino para justificar una escisión. Cabet murió en Saint-Louis de Missouri, en 1856, presintiendo el desastre que acabaría con los dos grupos de sectarios icarianos.

La escritura de fundación de la comunidad icariana de Iowa, que es del año 1860, no se diferencia más que en detalles de cualquier otra empresa cooperativa. Los socios son accionistas, que pueden retirar el capital al separarse de la comunidad. Pero el comunismo que se propone en el *Viaje* de Cabet y otros folletos de propaganda es mucho más avanzado que el que emplearon los icarianos en sus experimentos. Por ejemplo, la familia subsiste en Icaria y el concubinato está prohibido, pero la comunidad protege a las madres durante el período de gestación y lactancia y obliga a todas las mujeres, solteras y casadas, a recibir "cursos

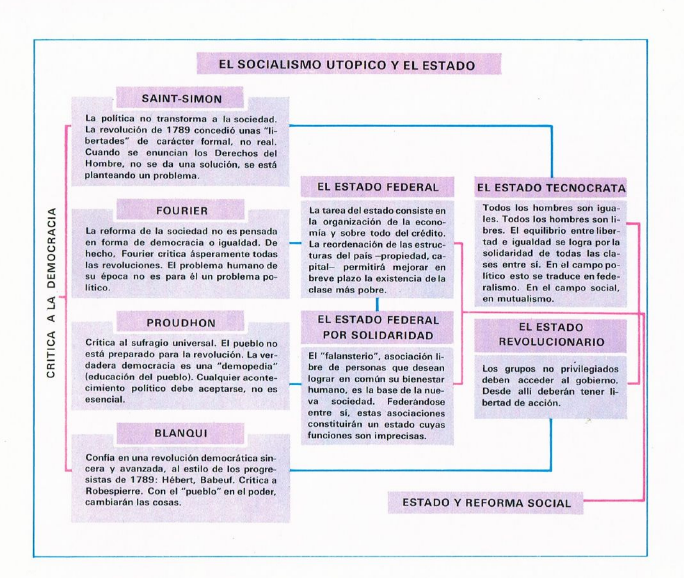
Robert Owen, por Sam Bough (The National Portrait Gallery, Londres). Este industrial inglés siguió más o menos los pasos de furieristas e icarianos y tuvo, como ellos, desastroso final. También intentó el traslado de sus ideas a América, en donde sembró la semilla del cooperativismo.



de maternidad". A la edad de cinco años, los pequeños quedan admitidos como pensionistas del estado, que cuida de desarrollar su inteligencia, su fuerza corporal y sus habilidades técnicas. A los dieciocho años pasan a ser obreros y a los veinticinco se les acepta solemnemente como ciudadanos. De este adiestramiento y del régimen icariano que sigue después dimana la felicidad perfecta. "Las preocupaciones del mañana, las querellas originadas por intereses encontrados, los sufrimientos de la miseria son desconocidos en Icaria. Como cada uno es feliz, se mantiene virtuoso, y así son tolerantes y buenos, deseando ver al mundo practicar su fraternidad para recibir las delicias que ellos comparten" *(Viaje a Icaria)*.

El fermento socialista del período romántico que hemos comparado a una tendencia ciclónica en la atmósfera del espíritu, no sólo agitaba a los franceses, sino que se manifestaba también en los demás países de Europa.

El caso más notable de esta coincidencia con Saint-Simon, Fourier y Cabet es el de Robert Owen en Inglaterra. Owen era de origen burgués. Fue un industrial próspero durante la primera parte de su vida. Aso-



ciado a su suegro, rico fabricante de hilados de Manchester, durante muchos años, no pasó de interesarse paternalmente por el bienestar de sus obreros.

Por iniciativa de su suegro, la industria se trasladó a New Lanark, en Escocia, junto a un gran salto de agua. Los estupendos beneficios del negocio permitieron a Owen conceder gradualmente participación en el negocio a los obreros. Se trabajaba en New Lanark sólo diez horas al día; los niños menores de diez años no eran admitidos al trabajo. Los talleres eran espaciosos, higiénicos y ventilados mecánicamente. Todo esto eran grandes innovaciones en la homicida industria de principios del siglo XIX. Pero, sobre todo, Owen había persuadido a sus obreros a que se asociasen en cooperativas de consumo y ayudaba a fundar enfermerías, casas-cuna y escuelas. Todas estas obras filantrópicas, en lugar de debilitar el capital, produjeron prosperidad a la compañía que presidía Owen.

Convencido de haber descubierto una manera de transformar el mundo y restaurar la edad de oro, Owen se sintió apóstol y publicó en 1812 sus *Nuevos horizontes de la sociedad, o ensayos sobre el carácter humano*. Propone la reforma de la educación para llegar a una especie de comunismo industrial e igualitario. Gastó más de un millón de libras en propaganda. Al principio puramente humanitaria, su predicación tuvo gran éxito. Logró ver su sistema industrial aprobado por numerosos partidarios. Hasta los hermanos del rey participaban de sus ideas. Con partido en el Parlamento, Owen se creía en vísperas de ver realizada la reforma en toda Inglaterra, pero como buen racionalista –raciocinaba demasiado– publicó un *Manifiesto de sistema racional de sociedad y religión*, que empezaba diciendo: "El sistema de sociedad que ha prevalecido hasta hoy se ha fundado sobre nociones imaginarias, resultado de un estado mental de la humanidad todavía grosero y sin experiencia". "Las circunstancias exteriores, que regulan la sociedad, son obra del hombre y se resienten de estas nociones primitivas e imperfectas." Owen cree que todos los males de la humanidad son la herencia del período irracional, y que el hombre se ha engañado, hasta resultar el más imperfecto y más inconsecuente de los seres; la historia de la humanidad con sus guerras y pillajes lo demuestra. Cada uno ha luchado contra todos, y todos contra cada uno... Al hablar así, Owen no contaba con el conservadurismo inglés, re-

EL PROCESO DE LOS SANSIMONIANOS

La decisión de llevar ante los tribunales a los sansimonianos la tomó el gobierno francés a fines de noviembre de 1831, pero debían transcurrir bastantes meses antes de que encontrara materia suficiente para instruir la causa; en efecto, hasta el verano siguiente, después de largas pesquisas e innumerables interrogatorios, no se concretaron las acusaciones contra la secta de Ménilmontant: reuniones ilegales (según el artículo 291 del Código Penal, que prohibía las reuniones de más de veinte personas), ofensas a la moral pública y a las buenas costumbres y estafa. En último término el ministerio fiscal prescindió de otros cargos, como hostilidad al rey e incitación a la rebelión, por estimar que carecían de base. El proceso duró dos días, el 27 y el 28 de agosto de 1832.

Sus actas demuestran que distó mucho de ser un proceso corriente y que abundó en detalles pintorescos e incluso cómicos; los acusados no sólo se defendieron con gran energía y orgullo, sino que pasaron incluso al ataque, lanzando invectivas contra la sociedad que les procesaba, aunque el tono general fue más bien de afirmación de sus creencias (Enfantin proclamó altivamente en su discurso los dogmas sansimonianos y su fe en su misión personal) y de deseo de que respetaran su modo de vivir; así, Duveyrier, uno de los acusados, dijo al jurado: "Vosotros sois unos sencillos burgueses que lleváis una vida tranquila y que apenas os preocupáis por el mundo, cuando no cae dentro del estrecho círculo de vuestros negocios y de vuestros afectos familiares. No turbéis, pues, esta seguridad de la que gozáis. Dejad a Dios su tarea y respetad el noble uso que hacen de su libertad los jóvenes que se levantan para servirle".

Fue relativamente fácil desvirtuar todas las acusaciones; resultó evidente que no podía probarse ningún caso de estafa, y en cuanto al artículo 291, no había vuelto a aplicarse desde la revolución de Julio, contra cuyos principios atentaba, y para colmo había sido condenado en un discurso por el propio Guizot, una de las figuras más destacadas del nuevo régimen. Más discutible era la acusación de ofensas a la moral, basada en determinados textos teóricos de los sansimonianos, pero en el debate la argumentación de los "apóstoles" de Ménilmontant fue mucho más hábil e incisiva que la de sus acusadores; en este sentido cabe destacar la réplica de Lambert, quien trató de demostrar a los jurados que carecían de competencia religiosa, moral y política para juzgar el caso. Sólo puede juzgarse una doctrina, afirmó, en nombre de principios proporcionados por una doctrina; ahora bien, la sociedad no tiene ninguna doctrina, y por lo tanto no tiene más remedio que callarse y dejar pensar y actuar a los hombres del porvenir.

El fiscal, Delapalme, defendió a la sociedad con argumentos un tanto sorprendentes: "Tenemos una sociedad, tenemos un orden social, y, bueno o malo, tenemos que conservarlo", dijo; y concluyó su requisitoria del modo siguiente: "En nombre de la moral, en nombre de la decencia, en nombre de la sociedad, os pedimos que disolváis, en medio de la gran sociedad, una sociedad particular que tiene unos intereses propios y distintos, que no está con nosotros, y que, por consiguiente, está contra nosotros".

El jurado dictó un veredicto de culpabilidad. Enfantin, Duveyrier y Chevalier fueron condenados a un año de prisión y a cien francos de multa cada uno; Rodrigues y Barrault, a cincuenta francos de multa, y se decretó además la disolución de la secta llamada sansimoniana. Los acusados abandonaron la sala en perfecto orden y sin mostrar la menor agitación, al salir de París, camino de Ménilmontant, entonaron uno de sus himnos.

La opinión general de la prensa fue favorable a los sansimonianos, estimando que la sentencia era tan injusta como exagerada; se había condenado a una asociación religiosa que no alteraba el orden público y, por lo tanto, en el caso se implicaba el doble problema del derecho de asociación y de la libertad religiosa; la mayoría de los periódicos, pues, aunque sin dejar de subrayar los aspectos ridículos y pintorescos del sansimonismo, manifestaron simpatía por el movimiento, calificando a sus miembros de "personas de carácter puro y honorable".

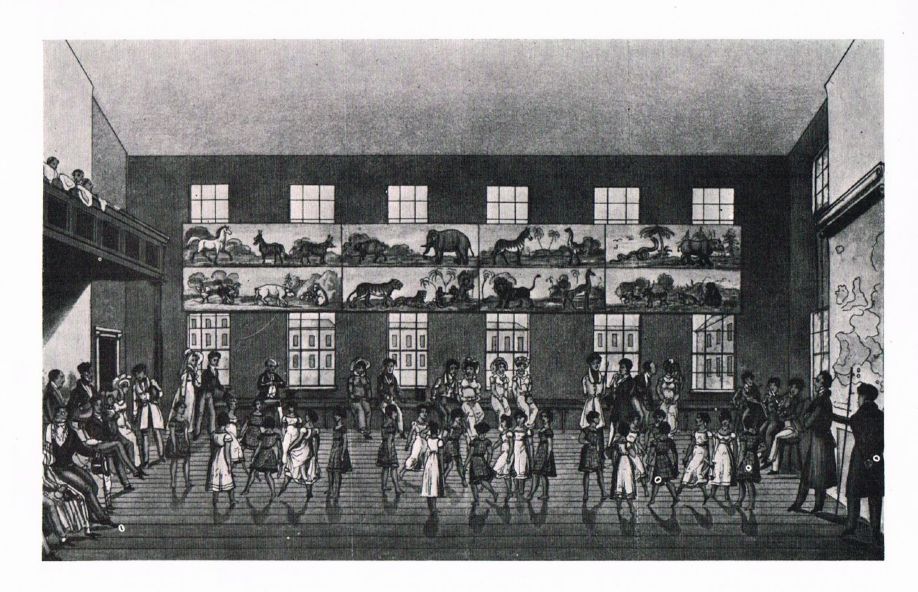
C. P.

presentado por la Iglesia anglicana. Owen decía: "La sociedad hasta hoy día ha sido esclava de la más monstruosa combinación de tres errores: la propiedad privada, los absurdos e irracionales sistemas religiosos y, por fin, el matrimonio, que hace de la mujer la propiedad del marido". Ya se comprende que con atacar estos tres "errores" no podía Owen conseguir en Inglaterra más que ser declarado hereje en los tres órdenes: político, religioso y social... En 1819, Owen había perdido completamente la popularidad y la fortuna. Como los furieristas e icarianos, marchó a buscar en los Estados Unidos un ambiente virgen donde poder aplicar sus principios con la integridad que requerían.

Owen fracasó en América con su colonia de la *Nueva Armonía,* pero dejó allí por lo menos la semilla del cooperativismo. Y en las modernas ideas de Henry Ford, que convierten al patrono en un patriarca y proponen como remedio de la cuestión social mejoras materiales para el obrero, esto es, un mínimo de trabajo y un máximo de higiene..., ¿no hay acaso un eco de las predicaciones de Owen?

Las cooperativas de producción y de consumo, tan poderosas en Inglaterra, están también inspiradas en las predicaciones de Owen y son como una consecuencia de sus experimentos en New Lanark. En América, una sola de las colonias socialistas, la de Oneida, en el estado de Nueva York, convertida en una cooperativa de producción, es todavía próspera, pero se ha aburguesado. En un principio, en Oneida hasta se hicieron experimentos de "filogenética", procurando o forzando la unión de veinticuatro parejas que, dadas las cualidades reunidas, debían como consecuencia producir hijos perfectos.

Pero sería inexacto considerar a Owen únicamente como el iniciador del cooperativismo y de las medidas humanitarias para mejorar el trabajo en las industrias. Owen, buen hijo del siglo, no puede dejar de filosofar románticamente acerca de nuestros



Escuela infantil de la colonia industrial de New Lanark, en la cual se empleaban ya métodos adoptados después por la moderna pedagogía.

males, acusando a la ignorancia y a la imprevisión de todo lo que nos daña. "La felicidad, la verdadera felicidad, producto de la educación y de la salud, consiste en el deseo de aumentar el bienestar de nuestros semejantes, en enriquecer nuestros conocimientos y en la asociación de seres que simpaticen. Sobre todo no puede haber felicidad con superstición, sin caridad y sin libertad." "La religión razonable es la religión de la caridad." Como culto consagra la ley del instinto, que ordena vivir según los impulsos de la naturaleza (¡las santas pasiones de Fourier otra vez!). "Vivir feliz, he aquí lo que yo llamaré hacerse agradable a Dios..."

Sin embargo, en una de las reuniones de los partidarios de Owen, después de regresado éste a Inglaterra, en 1836, se oyó por primera vez una palabra nueva, *socialism,* que tenía que durar más que la de *sociantisme* que había lanzado Fourier para definir la séptima etapa del desarrollo de la humanidad.

Es interesante observar que estos ensayos de vida social con comunidad de bienes e intereses no trascendían en seguida a las Cámaras, o sea al Parlamento. Hasta mucho más tarde no hubo partidos socialistas que forzaran la implantación de reformas humanitarias. Acaso fue ello debido a que los reformadores, como Saint-Simon, Fourier y Cabet, sentían escrúpulos políticos y consideraban los gobiernos derivados de las Constituciones como anacrónicos, con sus senados, cámaras y monarquías románticas. Los primitivos socialistas europeos pretendían ser prácticos, modernos. Además, en sus escritos se revela un entusiasmo excesivo que tenía que llevar al fracaso. Se olvidaron de la administración del grupo o falansterio. ¿Quién elegirá al jefe de gobierno? ¿Cómo se resolverán los casos difíciles? A quienes no se contenten con el bien que produce el orden, la tolerancia, la falta de envidia y ambición se les expulsará... ¡Conforme! ¿Pero qué tribunal juzgará sus faltas? ¿Se les concederá derecho a reintegrarse al grupo una vez demostrado que están verdaderamente arrepentidos?

¡No! Los primitivos socialistas no llegaron a precisar un Código Civil que pudiera servir de pauta para un nuevo régimen. Desearon demasiado o demasiado poco. Contaban siempre con el hombre natural, el ser perfecto que no había sido maleado por insanas pasiones y se aprovechaban todas las buenas inclinaciones, las que rigen o debían regir a todos los humanos.

BIBLIOGRAFIA

Ansart, P.	*Sociologie de Saint-Simon,* París, 1970.
Buber, M.	*Caminos de utopía,* México, 1955.
Cole, G. D. H.	*Historia del pensamiento socialista* (vol. I), México, 1957.
Charlety, S.	*Histoire du saint-simonisme,* Ginebra, 1965.
Evans, D.	*Le socialisme romantique,* París, 1948.
Fehlbaum, R. P.	*Saint-Simon und die Saint-Simonisten vom Laissez-Faire zur Wirtchaftsplannung,* Basilea, 1970.
Guérin, D.	*La lutte de classes sous la I République (1793-1797),* París, 1968.
Gurvicht, G.	*Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon,* Buenos Aires, 1958.
Kessel, P.	*Le prolétariat français avant Marx, 1789-1830-1848: les révolutions escamotées,* París, 1968.
Leroy, M.	*Les précurseurs français du socialisme, de Condorcet à Proudhon,* París, 1948. *Histoire des idées sociales en France* (3 vols.), París, 1946-1954.
Poulat, E.	*Cahiers manuscrits de Fourier,* París, 1957.
Saint-Simon	*Catecismo político de los industriales,* Buenos Aires, 1960.
Sigmann, P.	*1848. Les révolutions romantiques et démocratiques de l'Europe,* París, 1970.
Tierno Galván, E.	*Babeuf y los Iguales. Un episodio del socialismo premarxista,* Madrid, 1967.
Woodcock, G.	*P. J. Proudhon: a biography,* Nueva York, 1955.

PUBLICATIONS
SAINT-SIMONIENNES

LE GLOBE,
JOURNAL POLITIQUE, QUOTIDIEN.
Prix d'abonnement : 80 francs pour un an ; 40 francs pour six mois ; 20 francs pour trois mois ; 7 francs pour un mois.

L'ORGANISATEUR,
GAZETTE HEBDOMADAIRE DES SAINT-SIMONIENS.

EXPOSITION de la doctrine de St-Simon,
TABLEAU SYNOPTIQUE de la doctrine de Saint-Simon.
LETTRES sur la Religion et sur la Politique.

APPEL AUX ARTISTES.
ENSEIGNEMENT CENTRAL.
CINQ DISCOURS aux Elèves de l'école polytechnique.

Se trouvent à Paris, rue Monsigny, n° 6, ou à ... chez M.

Pasquines que anunciaban las publicaciones sansimonianas, tanto de periódicos como de revistas, en París.